

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

Estudio en escarlata

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección del **MIRADOR**

**Estudio
en escarlata**

ARTHUR CONAN DOYLE


Cantaro

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora: Florencia Carrizo

Traductora: Cristina Piña

Corrector: Gustavo Wolovelsky

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Patricia I. Cabezas y Mariano Caccia

Gerente de Preprensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Thinkstock

Doyle, Arthur Conan

Estudio en escarlata. - 2a ed. 2a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2015.
192 p. ; 19x14 cm. - (del Mirador)

Traducido por: Cristina Piña
ISBN 978-950-753-365-5

1. Narrativa Inglesa. I. Piña, Cristina, trad.
CDD 823

Puertas de acceso

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-365-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Un género curioso

Cuando se debe hacer la introducción de una obra tan significativa como la primera novela policial de Conan Doyle, donde se presentan ante el lector, por primera vez, sus dos entrañables personajes, Sherlock Holmes y John Watson, hay varios aspectos para abordar. El primero, quizás, es una reflexión sobre el auge del género policial, acusado, durante mucho tiempo, de masivo y “pasatista”.

Surgida hace más de un siglo y medio, y considerada hasta por algunos de los mismos autores que la cultivaban como un género menor, la literatura policial sigue dando origen a variadas formas que se han sucedido a través del tiempo: la novela de enigma, la novela criminal científica, la novela negra norteamericana, entre otras.

Empezaremos por preguntarnos, entonces, cuál es la razón de esta vigencia. Para ello, detengámonos a analizar sus elementos constitutivos.

Todo género tiene sus convenciones: reglas implícitas que el autor respeta y el lector conoce, en forma consciente o no. Veamos un ejemplo. Cuando empecé a leer tragedias griegas, me llamaba la atención el hecho de que el espectador de entonces conociera el argumento de antemano y, por ende, no se creara expectativa hacia el final de la obra. Así, en el prólogo de *Hipólito*, una tragedia de Eurípides, Afrodita, diosa del amor y de la belleza, declara:

Excelso es mi nombre entre los mortales: nadie lo desconoce. [...] Los que habitan entre el Ponto y los confines del Atlas y desde sus tierras contemplan el sol, veneran mi vetusto poder. Si tal hacen, los elevo; si son remisos y soberbios, van abatidos al polvo [...]. Pronto voy a hacer ostentación de estas palabras que dije¹.

A continuación, la deidad relata el “caso” de Hipólito, que desdén los dulces placeres del amor y prefiere, en cambio, dedicarse a la caza, que protege la diosa Artemisa. Afrodita se siente despreciada y decide:

Hoy mismo voy a castigar a Hipólito. Maduré ha un tiempo mi plan. No me costará demasiado esfuerzo. Oído ahora: [...].

Acto seguido, la diosa comunica al auditorio sus planes de venganza, con bastante detalle, para concluir:

¡Hipólito no lo sabe: hoy se abren las puertas del Hades y esta luz que mira es la luz final de su vida!

Al público griego, comprendí, no le importaba tanto saber qué estaba a punto de suceder –un joven inocente moriría por designios de una divinidad–, sino cómo se iba a desarrollar esa

¹ Las citas pertenecen a Eurípides. *Tragedias completas*. México, Porrúa, 1979.

historia: la reacción de los demás personajes, los sentimientos de Hipólito, las enseñanzas que transmitiría el coro... En definitiva, la nueva interpretación que proponía Eurípides de un episodio por todos conocido.

No el *qué*, sino el *cómo*.

Se me responderá que el ejemplo no es del todo pertinente y que el género policial está muy alejado de la tragedia griega, ya que la curiosidad por conocer el final es lo que mantiene el interés de los lectores. Debemos reconocer, sin embargo, que al enfrentarnos a una novela de enigma, hay ciertos hechos que esperamos –por tanto, no nos sorprenden– y certezas que nos tranquilizan.

Un caso trágico

Sostiene Jaime Rest que “la novela detectivesca se origina en la síntesis de dos elementos: por un lado, el misterio; por el otro, la solución verosímil y racional a ese misterio”². Detengámonos un momento en esta oposición.

Al enfrentarnos a un relato policial, al igual que el espectador de la tragedia griega, sabemos que vamos a presenciar un hecho trágico y doloroso, un crimen³. Habitualmente, este suceso lo conocemos desde el principio: comienza la lectura y enseguida sabemos qué pasó.

Pero se trata de un crimen –y acá nos alejamos de la tragedia– rodeado de circunstancias misteriosas, que plantea un enigma difícil –casi imposible– de resolver, al menos para nosotros, los lectores.

² Rest, Jaime. *Mundos de la imaginación*. Caracas, Monte Ávila, 1978.

³ Recordemos que la palabra *crimen* no es sinónimo sino hiperónimo de asesinato: un crimen es, en su acepción más amplia, un delito grave y reprehensible.

Sin embargo, este hecho no nos inquieta demasiado porque, como el público griego, de alguna manera conocemos el final: gracias a un inteligentísimo detective, el misterio se develará de manera lógica y satisfactoria. Sabemos también que, por extremados peligros que corra, el investigador resultará ileso. Lo que mantiene nuestro interés es el deseo de saber *cómo* resolverá el autor el misterio que él mismo nos propone.

Volvamos a la analogía inicial. Desde cierto punto de vista, cualquier tragedia clásica se podría reducir a este simplísimo enunciado: “haga el hombre lo que haga, la voluntad de los dioses –el destino– siempre se cumple”. ¿No se podría, de la misma manera, afirmar con respecto a un relato policial: “por complicado que sea el caso, el detective lo resolverá”?

La fórmula del crimen

La estructura del relato policial clásico tiene tan poco “suspenso” que todos los casos de Sherlock Holmes se articulan, con muy pocas variantes, de la siguiente manera⁴:

1. Holmes y Watson, en el departamento de Baker Street, reciben una carta o una visita que enuncia el problema que debe ser resuelto.
2. Holmes realiza algunas deducciones sorprendentes, que dan prueba de su sagacidad.
3. Se presenta el caso, con los datos esenciales para resolverlo.
4. Holmes desarrolla sus investigaciones. El lector conoce solo aquellas que realiza en compañía de Watson, que es quien narra los casos.
5. El detective devela el misterio de manera sorpresiva.

⁴ Cf. Knight, Stephen. *Form and ideology*. En *Crime fiction*. London, The Macmillan Press, 1980.

6. A pedido de Watson, o de algún otro personaje, Holmes explica de qué manera logró resolverlo.

Aunque *Estudio en escarlata* es una novela y presenta, por tanto, una trama un poco más compleja, reconocemos en ella esta estructura básica, que Conan Doyle empleará una y otra vez, sin fatigarnos por ello.

Veamos ahora qué otros elementos propios del género están presentes en la obra que nos ocupa.

El misterio del cuarto cerrado

Uno de los desafíos por excelencia que plantea el relato de enigma es desentrañar el caso del “local cerrado”. Y ya es momento de mencionar al escritor norteamericano Edgar Allan Poe, cuyo cuento “Los crímenes de la calle Morgue” (1841) es considerado por la crítica como el primer cuento policial de la historia de la literatura.

En él, se narra el sanginario asesinato de dos mujeres. Fue cometido en una habitación cerrada por dentro con llave, ubicada en el cuarto piso de un departamento parisiense. El acceso por chimeneas o ventanas era impensable. *Ningún ser humano* pudo haber entrado, cometido el asesinato y, luego, abandonado el aposento.

Para resolver el misterio, entra en vigor una de las reglas de oro de la novela de enigma, enunciada por el mismo Conan Doyle:

*Es uno de los principios elementales del razonamiento lógico [...] el que, una vez descartado lo imposible, en lo que resta, aunque parezca improbable, debe estar la verdad*⁵.

⁵ Conan Doyle, Arthur. “El tren desaparecido”. En: *Cuentos sobre rieles*, de esta colección.

Estudio
en escarlata

SIR ARTHUR CONAN DOYLE

Título original: *A Study in Scarlet*.
Publicado por primera vez en 1887.

Parte I

Reimpresión
de las memorias
del doctor John
H. Watson,
quien perteneció
al cuerpo médico
del Ejército

CAPÍTULO 1

El señor Sherlock Holmes

En el año 1878 me gradué como doctor en Medicina en la Universidad de Londres y me trasladé a Netley con el fin de seguir el curso prescrito para los cirujanos del Ejército. Después de terminar mis estudios allí, me asignaron al Quinto Regimiento de Fusileros como cirujano ayudante. En ese momento, el regimiento estaba apostado en la India y, antes de que pudiera unirme a él, estalló la segunda guerra de Afganistán¹. Al llegar a Bombay, me enteré de que mi unidad había cruzado los pasos fronterizos y ya se había internado profundamente en el país enemigo. Sin embargo, junto con muchos otros oficiales que estaban en mi misma situación, seguí viaje y logré llegar sano y salvo a Candahar, donde encontré a mi regimiento y, de inmediato, me incorporé a mis nuevas funciones.

¹ Afganistán es un estado del centro de Asia, de población irania, que fue colonia inglesa hasta 1921.

La campaña trajo honores y promociones para muchos, pero para mí, solo desgracias y desastres. Me sacaron de mi brigada y me asignaron al cuerpo de Berkshire, con el cual combatí en la fatal batalla de Maiwant. Allí una bala me hirió el hombro, me destrozó el hueso y me rozó la arteria subclavicular. Habría caído en manos de los *ghazis*² asesinos si no hubiera sido por la devoción y por el valor que demostró Murray, mi ordenanza, quien me puso sobre un caballo de carga y consiguió llevarme sano y salvo hasta las líneas británicas.

Agotado por el dolor y débil a causa de las prolongadas penurias por las que había pasado, me trasladaron, junto con una gran cantidad de heridos, al hospital de base de Peshawar. En ese lugar, me restablecí hasta tal punto, que ya podía pasear por las salas e, incluso, tomar un poco de sol en la galería, cuando contraí tifus, esa maldición de nuestras posesiones en la India. Durante meses se temió por mi vida y, cuando por fin reaccioné y entré en convalecencia, estaba tan débil y extenuado, que una junta médica determinó que debían enviarme a Inglaterra sin perder un solo día. En consecuencia, me despacharon en el transporte militar *Orontes*, y desembarqué un mes más tarde en el muelle de Portsmouth con la salud irremediabilmente arruinada, pero con un permiso de un gobierno paternal para consagrar los siguientes nueve meses a tratar de mejorarla.

No tenía parientes ni conocidos en Inglaterra, por lo que era tan libre como el aire, o como se lo permitía a un hombre un ingreso de once chelines y seis peniques diarios³. En tales circunstancias,

2 *Ghazis* viene del árabe y, en los países islámicos, designa a los héroes, en especial a aquellos que luchan contra los infieles.

3 El *chelin* era una moneda inglesa que equivalía a la vigésima parte de una libra y que estaba dividido en doce *peniques*. La suma mencionada por Watson permitía llevar una vida holgada, ya que, por ejemplo, el sueldo de un empleado de comercio era de cinco chelines y seis peniques semanales.

naturalmente me sentí atraído por Londres, ese gran sumidero al cual se ven irresistiblemente arrastrados todos los ociosos y desocupados del Imperio. Allí me alojé durante un tiempo en un buen hotel del Strand⁴, llevando una vida sin sentido y triste, y gastando el dinero del que disponía con mucha más libertad de lo que hubiera debido. El estado de mis finanzas se volvió tan alarmante, que pronto me di cuenta de que debía dejar la metrópoli y alojarme en alguna zona rural, o cambiar completamente mi estilo de vida. Como elegí la última alternativa, empecé por resolver que dejaría el hotel para instalarme en algún domicilio menos pretencioso y caro.

El mismo día que llegué a esta conclusión, estaba de pie en el bar Criterion, cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro y, al darme vuelta, reconocí al joven Stamford, quien había trabajado a mis órdenes como practicante en Bart's. Ver una cara amiga en el desierto de Londres es algo muy agradable para un hombre que se siente solo. En los viejos tiempos, Stamford no había sido demasiado compinche mío, pero en ese momento lo saludé con entusiasmo y él, a su vez, pareció encantado de verme. Llevado por mi alegría exuberante, lo invité a almorzar conmigo en el Holborn, y partimos juntos en un coche de alquiler.

—¿Qué ha sido de su vida, Watson? —me preguntó con inoculable sorpresa, mientras traqueteábamos por las repletas calles de Londres—. Está flaco como una tabla y moreno como una nuez.

Le hice un breve esbozo de mis aventuras y justo había terminado de contárselas cuando llegamos a nuestro destino.

—Pobre hombre —dijo con tono de conmiseración al terminar de oír mis desdichas—. ¿Y ahora, en qué anda?

4 El Strand es una zona de Londres de teatros y cafés.

–Buscando alojamiento –respondí–. Tratando de resolver el problema de si es posible conseguir cuartos cómodos a un precio razonable.

–Qué raro –observó mi compañero–, usted es la segunda persona que hoy me habla de ese tema.

–¿Y quién fue la primera?

–Un hombre que trabaja en el laboratorio de química del hospital. Esta mañana se estaba quejando de que no podía conseguir alguien para compartir con él unas lindas habitaciones que había encontrado y que eran demasiado caras para su bolsillo.

–¡Caramba! –grité–, si realmente busca a alguien para compartir las habitaciones y los gastos, soy el hombre indicado. Preferiría tener un compañero antes que vivir solo.

El joven Stamford me miró con expresión extraña sobre su vaso de vino y dijo:

–Todavía no conoce a Sherlock Holmes, tal vez no le guste tenerlo constantemente como compañero.

–¿Por qué? ¿Tiene algo en contra?

–Oh, no dije que tuviera algo en contra. Tiene ideas un poco raras: es un entusiasta de ciertas ramas de la ciencia. Por lo que sé, es una persona bastante decente.

–Supongo que es un estudiante de Medicina –dije.

–No, no tengo idea de qué carrera se propone seguir. Me parece que domina la Anatomía y es un químico de primer nivel; pero, por lo que sé, nunca estudió Medicina sistemáticamente. Sus estudios son muy deshilvanados y excéntricos, pero ha acumulado muchos conocimientos insólitos que dejarían estupefactos a sus profesores.

–¿Alguna vez le preguntó qué carrera se propone seguir? –quise saber.

–No, no es un hombre fácil para la confidencia, aunque puede ser muy comunicativo cuando está en vena.

–Me gustaría conocerlo –dije–. Si voy a vivir con alguien, preferiría a un hombre estudioso y de costumbres tranquilas. Todavía no estoy lo bastante fuerte como para soportar demasiado ruido o excitación. En Afganistán, tuve suficiente de los dos para el resto de mi vida. ¿Cómo puedo hacer para conocer a este amigo suyo?

–Seguro que ahora está en el laboratorio –replicó mi compañero–. A veces, no aparece por el lugar durante semanas y, en otras ocasiones, trabaja de la mañana a la noche. Si quiere, vamos juntos en coche después del almuerzo.

–Por supuesto –respondí, y la conversación se desvió por otros canales.

Mientras íbamos hacia el hospital después de salir del Holborn, Stamford me dio algunos detalles más sobre el caballero que yo me proponía tomar como compañero de alojamiento.

–No me eche la culpa si después no se llevan bien –me dijo–, lo poco que sé de él ha sido a través de los accidentales encuentros en el laboratorio. A usted se le ocurrió este arreglo, así que no debe considerarme responsable.

–Si no nos llevamos bien, será fácil separarnos –respondí–. Stamford, me parece –agregué, clavándole los ojos a mi compañero– que tiene algún motivo para lavarse las manos en este asunto. ¿Tiene mal carácter o qué? No se ande con rodeos.

–No es fácil expresar lo inexpresable –respondió con una carcajada–. Holmes es un poco demasiado científico para mi gusto, casi un animal de sangre fría. Me lo podría imaginar dándole a un amigo una pizca del último alcaloide vegetal, no por maldad, como comprenderá, sino por puro espíritu de investigación, para tener una idea precisa de sus efectos. Para ser justo con él, creo

que estaría igualmente dispuesto a tomarlo él mismo. Parece tener pasión por el conocimiento preciso y exacto.

—Y tiene muchísima razón.

—Sí, pero esa pasión puede llevar a excesos. Por cierto, adopta una forma bastante rara cuando impulsa a golpear con un palo a los cadáveres en la sala de disección.

—¡Golpear a los cadáveres!

—Sí, para verificar en qué medida se pueden producir magulladuras después de la muerte. Lo vi haciéndolo con mis propios ojos.

—¿Y me dice usted que no es estudiante de Medicina?

—No. Dios sabe cuál es el objeto de su estudio. Pero ya llegamos, y usted debe formarse su propia impresión de él.

Mientras hablaba, tomamos por un sendero estrecho y atravesamos una pequeña puerta lateral, que daba a un ala del gran hospital. Era terreno familiar para mí, y no necesité guía mientras ascendíamos por la desolada escalera de piedra y avanzábamos por el largo corredor, con su panorama de paredes blanqueadas a la cal y de puertas marrones. Cerca del extremo más lejano se abría un pasillo de techo bajo y abovedado que llevaba al laboratorio de química. Este era una sala alta, con las paredes y con el piso cubiertos de incontables botellas. Aquí y allá había mesas anchas y bajas erizadas de retortas, tubos de ensayo y pequeños mecheros Bunsen⁵ de llamas azules y vacilantes. Había un solo estudiante en la sala, inclinado sobre una mesa lejana y absorto en su trabajo. Al oír nuestros pasos, se dio vuelta y pegó un salto mientras gritaba de placer:

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! —le gritó a mi compañero, corriendo hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano—.

⁵ Los *mecheros Bunsen* son empleados para experimentos químicos.

He descubierto un reactivo que es precipitado por la hemoglobina⁶ y solo por ella.

Si hubiera descubierto una mina de oro, sus rasgos no podrían haber resplandecido con más deleite.

—El doctor Watson, el señor Sherlock Holmes —dijo Stamford presentándonos.

—¿Cómo le va? —dijo cordialmente, estrechándome la mano con una fuerza que nunca hubiera imaginado—. Por lo que veo, ha estado en Afganistán.

—¿Cómo demonios lo supo? —pregunté asombrado.

—No importa —dijo, riéndose para sus adentros—. El tema ahora es la hemoglobina. Sin duda, se da cuenta de la importancia de mi descubrimiento.

—Sin duda, químicamente es interesante —respondí—, pero desde el punto de vista práctico...

—Pero, hombre, es el descubrimiento médico-legal más práctico en años. ¿No ve que nos da una prueba infalible para identificar las manchas de sangre? ¡Venga ya mismo aquí! —me agarró de la manga del saco en su ansiedad y me llevó hasta la mesa en la que había estado trabajando—. Procurémonos un poco de sangre fresca —dijo, clavándose una larga aguja en el dedo y poniendo la gota de sangre extraída en una pipeta química—. Ahora, agrego esta pequeña cantidad de sangre a un litro de agua. Fíjese que la mezcla resultante tiene el aspecto del agua pura. La proporción de sangre no puede ser más de uno en un millón. No tengo duda, sin embargo, de que podremos obtener la reacción característica.

Mientras hablaba, arrojó en el recipiente unos pocos cristales blancos y, luego, agregó algunas gotas de un fluido transparente. En un instante, el contenido adoptó un oscuro color caoba, y un polvo pardusco se precipitó en el fondo de la jarra de vidrio.

⁶ La *hemoglobina* es el pigmento que da color a la sangre.

ÍNDICE

Puertas de acceso 3

Un género curioso	5
Un caso trágico	7
La fórmula del crimen	8
El misterio del cuarto cerrado	9
Seamos coherentes	11
La función del detective	12
¿Verdad o justicia?	14
El conocimiento de la naturaleza humana	16
El juego entre dos historias	18
La originalidad de Conan Doyle	18
La reflexión final	20

La obra 21

Parte I: Reimpresión de las memorias del Dr. John H. Watson

El señor Sherlock Holmes	25
La ciencia de la deducción	37
El misterio de Lauriston Gardens	51
Lo que John Rance tenía que decir	65
Nuestro aviso trae una visita	75
Tobías Gregson muestra de lo que es capaz	85
Una luz en la oscuridad	97

Parte II: El País de los Santos

En la gran planicie del álcali	111
La flor de Utah	125

John Ferrier habla con el profeta	135
Una fuga para salvar la vida	143
Los Ángeles Vengadores	155
Continuación de las memorias de John Watson	167
La conclusión	181

Bibliografía 188